

II.

No estamos escribiendo el panegírico de los filósofos del siglo XVIII; esto sería imitar á los reaccionarios, á los cuales censuramos porque alteran la historia cuando les conviene. Sí; la humanidad fué su religion, y en esto son superiores al cristianismo tradicional. Pero sucede con las ideas lo mismo que con los hombres; tienen los defectos propios de sus cualidades. ¿Por qué el cristianismo, á pesar de su caridad, desconocía el sentimiento de humanidad que inspiraba á la filosofía? Porque la religion de Cristo es una religion del otro mundo. ¿Qué le importa al cristiano ser esclavo ó libre en esta tierra? No es ciudadano de este mundo, es ciudadano de la Jerusalem celeste. ¿Qué le importan las instituciones políticas, las formas de gobierno, la libertad ó el despotismo, la igualdad ó los privilegios? Su patria está en el cielo; abandona al César la ciudad perecedera en la que pasa algunos años de prueba. Nada le excita á corregir los vicios del orden social; porque estos vicios son para él otras tantas ocasiones de practicar la paciencia y la humanidad. Por esto su caridad es individual. Aun cuando pudiese trasformar esta tierra en un paraíso, se guardaría bien de hacerlo, por temor de perder la vida eterna, aficionándose á la vida presente. Mientras el cristianismo sea fiel á éste espiritualismo exaltado, la humanidad no puede ser su virtud predilecta: sus virtudes serán virtudes del otro mundo, de la misma manera que él es una religion del otro mundo.

La filosofía del siglo XVIII es una reaccion contra esta manera de concebir y de practicar la religion. En opinion de los libres pensadores, los que ajustan su vida á las máximas de la perfeccion evangélica son unos locos, y no van completamente descaminados al calificar la santidad de locura. El hombre que no vive más que para sí solo es un sér monstruoso, porque es la encarnacion del egoismo. Como la existencia fuera de la sociedad es una vida contra naturaleza, no hay más que algunos hombres excepcionales que consigan realizar tan extraño ideal; para la masa de los cristianos existe una lucha entre su religion y su vida real; de aquí la

hipocresía en lugar de la santidad. Bendigamos á los filósofos por haber combatido las virtudes imaginarias del cristianismo, para reemplazarlas con las virtudes del hombre y del ciudadano. La reaccion era legítima, pero fué excesiva. La humanidad de los filósofos es exclusivamente una religion de este mundo; rechazan todas las ideas cristianas acerca de la vida futura; los más lógicos no quieren oír hablar de la inmortalidad del alma, ni aún de Dios, por temor de que renazcan bajo otro nombre las supersticiones del cristianismo. Emplean toda su inteligencia, abnegacion y sacrificios en embellecer la vida presente; pero cuando ésta acaba, todo ha concluido. Los filósofos no echaban de ver que si el cristianismo tradicional desnaturaliza al hombre, ellos le mutilan, prescindiendo completamente de un elemento esencial de su naturaleza, lo infinito.

El hombre no se contenta con esta existencia pasajera, por bella que se la suponga; aspira á la eternidad. Esta es para él una necesidad indestructible; puede adormecerse por algun tiempo, pero luego despierta con más fuerza. No solamente desea la inmortalidad, sino un vínculo desde este mundo con el sér infinito de quien recibe su existencia, y sin el cual no podría vivir. ¿Quién lo guiará á través de los escollos de la vida? ¿Quién le inspirará en la lucha de las pasiones contra la ley del deber? ¿Dónde encontrará un apoyo y un consuelo en las desgracias inevitables que acompañan á las afecciones más dulces? ¿Quién sostendrá sus esperanzas? ¿Quién sostendrá su fe en los momentos de duda y de desaliento? Dios y sólo Dios. Preciso es, pues, que haya un vínculo entre el sér finito y el sér infinito. Este vínculo forma la esencia de la religion. Al desconocerlo, los filósofos del siglo XVIII han destruido la idea de religion, y en vano le han sustituido la humanidad; la humanidad no es más que una fase de los deberes que impone la religion; pero estos deberes por sí solos no constituyen la religion. Aun cuando el hombre se sacrifique por sus semejantes, estos actos de amor no bastan para llenar su alma. Por mejor decir, si no se satisface esa aspiracion hácia lo infinito, que es su necesidad más imperiosa, si, lo que no es posible, se llegase á extirpar toda idea que no se refiera á esta tierra, si el hombre no viese más horizonte que el de sus ojos, ¿no se secaría la fuente del sacrificio?

al vapor, ó al maquinista que ha olvidado la válvula de seguridad? Verdad es que las sociedades humanas no son máquinas y que en ellas interviene la libertad del hombre. Las revoluciones no son, pues, una necesidad fatal. No hay ninguna que no haya podido ser evitada. ¿Cuál es la manera de evitar esas explosiones violentas, que para hacer el bien empiezan destruyendo, á la manera de las tormentas, que purifican el aire al mismo tiempo que destruyen las cosechas? No conocemos más que un medio y es la marcha regular de las reformas sociales. Hay una revolucion que ha de tener lugar necesariamente, y es la marcha progresiva de las sociedades hácia el término de su destino. El progreso implica la transformacion incesante de las instituciones políticas y religiosas. Cuando las sociedades están organizadas de manera que puedan transformarse constitucionalmente, evitan de este modo la necesidad de una transformacion violenta. Si, por el contrario, hay en una sociedad instituciones ó corporaciones que pretendan ser inmutables, y que, por consiguiente, se resisten á todo cambio, á todo progreso, la revolucion llega á ser una necesidad tan fatal como la explosion de una máquina de vapor, cuando el vapor no tiene salida.

¿Habrà que preguntar si en la Francia del siglo XVIII y en todo el continente encontraba el progreso regular obstáculos invencibles, de esos que conducen fatalmente á una catástrofe? El poder real era absoluto, y hacía derivar de Dios su poder para santificarlo y ponerlo al abrigo de todo ataque. Hé aquí un elemento inmutable que se oponia á toda transformacion. En efecto, el derecho divino no puede consentir nunca en abdicar. ¿Quién dió al poder real ese funesto prestigio de una autoridad divina? El cristianismo tradicional. No hay necesidad de decir que también él pretendia ser divino. La Iglesia atribuyó el privilegio de la divinidad á hombres que se decian órganos de Dios, á instituciones que se pretendia habian sido fundadas por Dios; todo en el catolicismo era divino, hasta los más vergonzosos abusos de la dominacion clerical. Hé aquí otro elemento inmutable, el más inmutable de todos, así como el más funesto, porque las pretensiones del catolicismo destruian toda libertad civil y política; no dejaban al hombre ni aun la libertad de su fuero interno, de su conciencia.

La iglesia y el poder real se prestaban mútuo apoyo; era una máxima del antiguo orden de cosas, que el trono y el altar son solidarios. ¡Funesta solidaridad! porque éste es el origen primero de las revoluciones que agitan al mundo europeo. La religion se unia con la fuerza para mantener á las naciones bajo el yugo que la violencia, ayudada por la fe, les habia impuesto. ¿Cómo habia de transformarse semejante sociedad? Creia ser perfecta; ¿necesita variar la perfeccion?

La pretendida perfeccion del antiguo régimen consistia en una horrible imperfeccion. ¿Cuál era el papel de la filosofía ante los mil abusos acumulados durante siglos? La filosofía no es posible si no disfruta de la libertad de pensar. Y bajo aquel bendito régimen de derecho divino, el libre pensamiento era mirado como un crimen capital. Los filósofos eran, pues, forzosamente revolucionarios, por el mero hecho de ser filósofos. Les fué preciso, pues, para existir, destruir la Iglesia, puesto que la Iglesia les negaba el derecho sin el cual no hay filosofía; era para ellos cuestion de vida ó muerte. Los filósofos hubieran querido separar la causa de la Iglesia de la del Estado; defendieron á los reyes; dijeron y repitieron que la filosofía, lejos de ser enemiga del poder real, era su aliada contra las usurpaciones de la Iglesia, y tenían razon. Pero los reyes no los escucharon; querian sostener su derecho divino, su poder absoluto, y conocian que, si se destruia el derecho divino de la Iglesia, su autoridad divina no tendria ya razon de ser. Fueron, pues, fieles hasta el fin á la alianza del trono y del altar. Esto era obligar á los filósofos á combatir el poder real al mismo tiempo que la Iglesia.

Hé aquí como los filósofos se hicieron revolucionarios. Tenian conciencia de su mision. Voltaire escribe á madame du Deffand: «Soy un *gran demoleedor*.» Escribe al rey de Prusia: «Será necesario trastornar la tierra para ponerla bajo el imperio de la filosofía.» En otro lugar deplora que los filósofos no sean bastante numerosos ni bastante celosos «para llevar á cabo *á sangre y fuego* la regeneracion del mundo» (1). Como se ve, la filosofía no se

(1) VOLTAIRE, *Cartas del 1.º de Enero de 1770, del 15 de Setiembre de 1775, del 26 de Enero de 1762.*

creo llamada únicamente á demoler; si acumulaba las ruinas, era para levantar un nuevo edificio en sustitucion del antiguo. En el discurso preliminar de la *Enciclopedia*, ese manifiesto del siglo XVIII, se lee: «Nuestro siglo se cree llamado á renovar las leyes de todo género y á hacer justicia.» Esto era declarar que debía renovarse todo bajo la inspiracion de la razon: era el anuncio de la revolucion. Los filósofos tuvieron el presentimiento de la inmensa convulsion que habia de poner término al siglo XVIII, como en otra parte diremos (1). Son, pues por todos conceptos los precursores de la inmortal revolucion que inauguró la regeneracion de la Francia y del mundo. ¿Es esto decir que los filósofos hayan hecho la revolucion?

Esta pregunta encierra una acusacion. Si se ha de creer á los reaccionarios, sin Voltaire y sin Rousseau no hubiera habido revolucion, y, como no ven más que crímenes y desgracias en el gran movimiento de 1789, acaban por condenar á los filósofos como una banda de incendiarios. Así formulada, la proposicion de que los filósofos han hecho la revolucion, es á la vez una necedad y una calumnia. La literatura es la expresion de la sociedad; si agita los ánimos, es porque el mundo participa de los sentimientos que expresa. Dense á Voltaire lectores imbuidos en las creencias cristianas, y el gran crítico no convertirá á nadie, mejor dicho, no encontrará un lector. Póngase á Rousseau enfrente de una nacion que crea en el derecho divino de los reyes, y ésta no comprenderá siquiera sus teorías de contrato social y de igualdad. Cuando apareció la obra de Helvetius, una mujer de talento dijo que habia revelado el secreto de todo el mundo. Que se maldiga al siglo XVIII ó que se le ensalce, siempre resultará que no son algunos escritores los que han demolido el cristianismo y el poder real. No son más que los órganos de los sentimientos generales. Ciertamente la mision de los libres pensadores no se limita á interpretar las aspiraciones de la humanidad; hacen más que formularlas; por el poder del genio les dan un cuerpo y un alma. ¿Deberemos acriminar por esto á los filósofos? La acusacion de los

(1) Véase mi *Estudio sobre la Revolucion*, t. XIII de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

reaccionarios católicos es más que necia, es sacrilega. Dios distribuye los dones del genio para realizar los designios de la Providencia. Si: á despecho de los necios clamores de la reaccion, los Voltaire y los Rousseau, los Diderot y los Helvetius, son los elegidos de Dios. Desempeñan una mision divina, y no la ha habido nunca más gloriosa; son los libertadores de la humanidad. La revolucion reconocida llevó al Panteon los restos mortales de Voltaire y de Rousseau. Sobre el sarcófago de Voltaire se leia esta inscripcion: «Combatió á los ateos y á los fanáticos; inspiró la tolerancia, reclamó los derechos del hombre contra la servidumbre y el feudalismo; nos ha preparado para ser libres.» La apoteosis y la inscripcion se dirigen á toda la filosofa del siglo XVIII, el más grande de todos los siglos, porque fué el primero que se preocupó por la emancipacion del pensamiento y la libertad de los pueblos.

Hay sin embargo una mancha en esta gloria. Cosa notable; al conceder á Voltaire los honores del Panteon, la revolucion lo ensalzó por haber combatido á los ateos al mismo tiempo que á los fanáticos. Esto era rechazar toda una fase al siglo XVIII, la escuela que no retrocedió ante ninguna consecuencia de la doctrina de la sensacion. Creemos que la reprobacion es justa, en cuanto se refiere al ateismo y al materialismo. En cuanto á los hombres que predicaron estos errores, fueron ménos culpables de lo que se cree. No se proponian destruir las bases de la moral; creian, por el contrario, fundar la verdadera moral, librándola de los vínculos de la supersticion, y para ellos toda religion era supersticion, porque confundian la religion con las creencias y las prácticas del catolicismo. Esto los excusa; pero la excusa implica una falta. Esta falta ¿quién podría negarla? No hablamos siquiera de las saturnales de la revolucion, en donde se vieron prostitutas desempeñando el papel de diosas, como si se hubiera querido envilecer la razon en el momento mismo en que le levantaban altares. Hay un efecto más funesto todavía de esas falsas doctrinas; al destruir las nociones de Dios y de esencia espiritual, quitan á la moral sus más sólidos fundamentos; el deber no es ya más que el instinto del hombre honrado. Pero ¿qué será de aquellos que no tengan ese instinto, ó en quienes se halle combatido por malas pasiones? No

tienen ya regla ni medida. ¿No será ésta una de las razones de esos desfallecimientos á que está sujeta la nacion que ha producido los héroes de 1789 y 1793? Mientras dura la influencia de los sentimientos generosos, la Francia tiene el valor y el sacrificio de un mártir. Cuando llega la inevitable reaccion, abandona las ideas y las creencias, selladas con su sangre más pura, con el mismo afán con que las habia defendido. No hay espectáculo más aflictivo, y es preciso tener una fe inquebrantable en el progreso para no abandonarse á la desesperacion.

Importa, pues, rechazar en alta voz, como lo hizo la revolucion misma, el grosero materialismo que degrada al hombre y lo iguala con los animales. Este regreso á las creencias del espiritualismo cristiano legitimaria la reaccion, si fuera sincero y profundamente sentido. Desgraciadamente la reaccion religiosa es superficial; profesamos con los labios una creencia que no puede ser la nuestra, puesto que está en oposicion con todas nuestras ideas, con todas nuestras aspiraciones. Hé aquí por qué nuestro siglo, aunque pretende ser más creyente que el siglo XVIII, tiene mucha menos fe, de esa que inspira el desinterés y el sacrificio. La humanidad necesita otra religion distinta de la del pasado; porque es cosa contradictoria que una religion, en todo hostil ó indiferente á nuestros sentimientos, nos guie hácia un fin que no comprende ó que condena. En lugar de buscar su fe en las ruinas de lo pasado, búsquela el siglo XIX en sus entrañas, en las necesidades de su alma, y de este modo recobrará la energía y el poder del sacrificio que hacen á los hombres capaces de grandes acciones.

LIBRO PRIMERO.

EL PRINCIPIO DE LA LUCHA.